

24 16



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras

**Aspectos Psicológicos y Literarios de la
Regenta de Clarín**

T E S I S

Que para obtener el título de:

Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica

p r e s e n t a :

MARIA DE LOURDES LOPEZ AGUADO

México, D. F.

1981



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E.

- I.- PROLOGO.
- II.- INTRODUCCION.
- III.- ANA OZORES. INFANCIA.
- IV.- LA EDAD ADULTA. RELACIONES CON EL MEDIO AMBIENTE. LA SOCIEDAD.
- V.- ANA OZORES Y EL MAGISTRAL FERMIN DE PAS.
- VI.- ANA OZORES Y DON VICTOR QUINTANAR.
- VII.- ANA OZORES Y DON ALVARO MESIA.

VIII.- CONCLUSIONES.

IX.- BIBLIOGRAFIA.

P R O L O G O

La lectura de La Regenta me atrajo por la intensidad y la complejidad de sus personajes, y me indujo a intentar analizar la novela desde un punto de vista literario, pero a través de los caracteres psicológicos tan definidos y tan hábilmente manejados, - que no se encuentran dos personajes con características semejantes.

Clarín ubica la trama en una ciudad donde parece que todos los extremos tienen cabida, así, es notable encontrar personajes liberales y conservadores, - libertinos y puritanos, damas castas y casquivanas, - etc. Todas estas disímbolas personalidades dan a la novela un interés adicional al de la trama en sí, ya que denoten un profundo conocimiento del género humano por parte del autor.

Muchos son los estudios que se han hecho so--

I N T R O D U C C I O N

ASPECTO HISTORICO.

Para entender la historia de España, es necesario considerar que la nacionalidad es el resultado de una guerra política y religiosa de ocho siglos -- contra los musulmanes y que termina con la victoria de las armas cristianas. Las hacedoras de esta victoria son principalmente la monarquía y la Iglesia, bases políticas, religiosas y sociales de los diferentes pueblos de la Península Ibérica.

Mientras las cruzadas fracasan en Oriente, en España la cruzada triunfa y se corona con la unidad-Castellano-Aragonesa, cuando la Reforma de Lutero está llamando a las puertas de Europa Central.

No es casualidad que España luche contra la -

nueva herejía y se oponga al espíritu europeo en --- cuanto éste va a tener de no católico, y que mantenga visiones del problema político religioso adversas al romano Pontífice cuya conducta se veía mediatizada por su condición de príncipe italiano.

Acabada la Reconquista el espíritu español de cruzada sigue vigente.

Los brotes de erasmismo no llegan a la conciencia colectiva del pueblo. Los españoles tienen la experiencia de que el catolicismo triunfa y sigue al Emperador y a su Rey Felipe II en sus campañas por la religión.

Este esfuerzo agota los recursos económicos - españoles mal administrados y debilita su población. Sigue el sentido histórico de la cruzada cuando se plantea el problema de sucesión a la muerte de Carlos II. El triunfo de la dinastía gala rompe el eje Iglesia-Monarquía porque el Rey Borbón acentúa el concepto del poder civil y centralizador del Estado frente al poder de la Iglesia.

La historia del siglo XVIII gira en derredor-

a esa ruptura, en la que las clases elevadas siguen el partido regalista y las ideas que bullen por Europa, mientras las populares continúan unidas a la Iglesia, ignorando esa dualidad.

El régimen de los Borbones, fieles a su concepto del Estado, trata de centrar todo bajo la Monarquía absoluta, pero según el espíritu de su tiempo que proviene, en gran parte, del protestantismo y de sus consecuencias, y no de la contrarreforma sentida por los españoles.

En el terreno administrativo y económico, el país se unifica; en el campo del pensamiento surge la ruptura de la unidad anterior por un lado, la minoría gobernante, y un sector del clero (que representan la Ilustración, el absolutismo con pujos de filosofías heterodoxas). Por otro lado, el pueblo, la Inquisición, la compañía de Jesús, la Iglesia en una gran porción, apegado al escolasticismo y a la política de la Casa de Austria.

La revolución Francesa sorprende a España -- cuando la minoría ilustrada gobernante no va implantando a fondo sus reformas. El proceso europeizador-

se precipita. Las ideas democráticas perturban el -- curso normal de una evolución que había de ser necesariamente lenta.

Dos invasiones del ejército francés, la primera de 1793-95, guerra del Rosellón, y la segunda de 1808 ponen en armas a todo el país, pero más airadamente a la España no ilustrada, la cual ve de nuevo un motivo de lucha religiosa en la independencia de su patria; España sería, una vez más el instrumento de Dios para salvar a la Iglesia y a la humanidad -- contra el azote de la heterodoxa.

La otra España, la ilustrada, la más influida por la revolución, dará una minoría afrancesada al Rey intruso, José Bonaparte y una mayoría liberal a las Cortes de Cádiz. Otra parte permanece fiel a la monarquía absoluta, que es la que gozará de la confianza personal de Fernando VII.

El soberano muere en 1833. Los tradicionalistas irán a la guerra civil contra la joven reina, -- mientras que los procedentes de la Ilustración apoyarán a Isabel II.

En la lid política juegan un papel preponde--
rante las dos regias figuras que simbolizan los ban--
dos en que se ha dividido el país: por un lado el in--
fante Don Carlos y por otro lado Isabel II. La situa--
ción de la reina da lugar a multitud de conflictos,--
y a su propia caída; ocurre esto cuando progresistas
y liberales se convencen de que es imposible la con--
secución de sus métodos políticos mientras sea la hi--
ja de Fernando II quien gobierne. Un movimiento na--
cional como el de 1868 viene a despertar la concien--
cia de un país y aunque sus efectos inmediatos pue--
dan ser efímeros y en la esfera política produzcan --
diversas reacciones, lo más importante es que arrai--
gue en el espíritu del pueblo y los frutos que produ--
ce en el progreso de las costumbres, en la vida pú--
blica, en el arte, en la ciencia, en la actividad e--
conómica asoman, crecen y maduran a un mismo tiempo.

El siglo XIX tiene para España un largo y san--
griento aprendizaje. Cuando penetra triunfante la --
invasión romántica en suelo español es cuando la no--
vela empieza a levantar cabeza, aunque tímidamente.

Entre los románticos españoles abunda el in--
genio; pero de la historia de su patria sabían poco, o-

bien, de un modo general y confuso; por lo cual raramente sus representaciones de costumbres antiguas logran eficacia artística, salvo en el teatro y en la leyenda.

El género de la novela tiene sus naturales límites. A la novela histórica le ha faltado base arqueológica; a la novela de aventuras le falta, además del fundamento histórico, el fundamento humano; sin el cual todo trabajo resulta efímero y baladí.

El arte de la novela se ha entregado a un grupo de escritores de escasos recursos económicos; por lo tanto llega a ser mirado con desdén por las personas cultas; y finalmente es rechazado con hastío por el público iliterato.

La observación de las costumbres nacionales se ha encerrado en un marco muy reducido lleno de detalles pero falta un tema de valor humano que muestre con detalles pintorescos el conflicto de las pasiones y aún de las ideas apasionadas.

Menéndez Pelayo dice al respecto: ". . . en--

tre ñoñeces y monstruosidades, dormitaba la novela-- española por los años de 1870". (1)

A finales del siglo XIX la novela histórica-- ha pasado de moda, por la indiferencia con que son - recibidas las obras de este género. En cambio la novela de costumbres ha triunfado; la psicológica y ca suística resplandecen en algunos casos. Empezaron a- tratarse temas de conciencia; tesis de religión y de moral. El tema religioso, tan importante en esta épo ca, no deja de aparecer destacadamente en la novela.

Clarín expresa sus ideas al respecto:

"De entonces acá, ¡Cuánto ha variado el espí- ritu general de nuestras letras! En medio de- extravíos sin cuento, y contra el poder de -- reacción fortísima, de preocupaciones arraiga- das, aparecieron obras que por vez primera in fundían en la conciencia del pueblo español - el aliento del libre examen; obras que daban- a nuestras letras la dignidad del siglo XIX,- la importancia social que una literatura debe

(1) M. Menéndez Pelayo. Estudios de Crítica. Santan- der Aldus. S.A., de Artes Gráficas, T.V. 1942. - pp. 81-108.

tener para valer algo en su tiempo". (Solos - p. 68) (2).

Como la mayoría de los jóvenes contemporáneos suyos, Clarín busca insistentemente una solución a los problemas, a las crisis por la que atraviesa España, y nos dice:

"Esta juventud que hoy crece en España ávida de ejercicio intelectual, casi avergonzada de nuestro retraso científico, busca con más anhelo que discernimiento, las nuevas teorías, -- la última palabra de la ciencia, temerosa, -- más que del error de quedarse atrás, de no recibir en sus pasmados ojos los más recientes destellos del pensamiento europeo" (Solos pp. 91). (3)

Para comprender, por lo menos en parte, alguno de los problemas que rodean a Ana Ozores, es necesario observar el triste panorama que ofrecía la edu

(2) Leopoldo Alas. Solos de Clarín. Alianza Editorial. Madrid, 1971.

(3) Idem.

cación femenina en la segunda mitad del siglo XIX.

La única educación que recibía la mujer, era la de la escuela elemental, que empieza a funcionar en 1695. Existe una preocupación social por la educación femenina y en 1768 una Cédula Real proclama la necesidad de enseñar a las niñas porque han de ser madres de familia y han de crear buenas costumbres; se fundan varias casas de educación para éstas que sostenían Reverendos Arzobispos y Obispos y otros de carácter particular. Aún en los pueblos más importantes la Real Cédula manda que se establezcan casas de educación:

"Con matronas honestas e instruídas, que cuiden de la educación de las niñas instruyéndolas en los principios y obligaciones de la vida civil y cristiana, y enseñándoles las habilidades propias del sexo, entendiéndose preferentes las hijas de labradores y artesanos porque a las otras podrá proporcionárseles a expensas de sus padres, y aún pagar y buscar maestra". p.p. 36 (4).

(4) J. Landi. La Institución Libre de Enseñanza. Taurus Ediciones, S. A., Madrid, 1973.

En 1783 se funda en Madrid la primera escuela gratuita para niñas pobres, generalizándose después para toda España y se fijan las enseñanzas que habrán de impartirse: lecturas, catecismo y labores comunes; y se crean 32 escuelas para todos los distritos de Madrid.

Esta Cédula es la que da realmente una dignidad oficial a la primera enseñanza femenina; ya que prohíbe el ejercicio privado y público de la enseñanza a toda persona que no haya sido aprobada y admitida por las Diputaciones. Lo esencial es que las maestras sean de buenas costumbres, conozcan la doctrina cristiana, sepan coser y leer y que la enseñanza sea uniforme. Estas Reales Cédulas sólo fueron eficaces en Madrid y no del todo hasta que llegó el siglo XIX.

En 1857 una ley amplía la enseñanza elemental y superior de las niñas y recomienda la creación de una escuela normal, que se funda en 1858. Aceptada la libertad profesional para la enseñanza de las primeras letras y para la secundaria se establecieron colegios privados por diversas asociaciones religiosas.

A partir de 1860 la situación intelectual de-

la mujer sufre una profunda revolución en toda Europa, especialmente en Suiza (patria de Rousseau y -- Pestalozzi), donde las mujeres fueron admitidas a la enseñanza superior desde 1864. En los Estados Unidos la situación de la mujer era aún más favorable, las universidades estaban abiertas indistintamente para hombres y mujeres. Más no hay que pensar que la mujer española sentía menos curiosidad por la cultura; lo que sucedía era que el medio ambiente no le resultaba propicio, y quizás por eso la mujer sólo aparecía en los centros de cultura en los períodos revolucionarios o de marcada influencia liberal.

Antonio Pirala escribe una serie de artículos sobre el tema de "La mujer dedicada a la enseñanza" -- entre los años 1860 y 1861, y dice que la emancipación de la mujer moderna arranca de la Revolución -- Francesa de 1789 y que las doctrinas emancipadoras -- estaban sostenidas por la Escuela Sansimoniana: "las mujeres que ejercen una profesión son la excepción -- en nuestra sociedad, donde no tienen posición más -- que por marido; más esta excepción va extendiéndose -- demasiado, no se puede negar que moralmente se deben a sí propias la consideración que llegan a gozar, -- porque sosteniéndose por sus propios esfuerzos poseen

verdadera individualidad". (cfr. J. Landi, p. 39-40).

La mujer estudiosa se dedica a la enseñanza - en tres de sus aspectos: las profesoras de primera - educación, las ayudantas de colegio y las que dan -- lecciones particulares. Sin embargo, no hay que olvi - dar, que solamente las mujeres de muy escasos recur - sos económicos, y sin ninguna posición social, se de - dican a estos magisterios.

Esta es la situación de la profesora en Espa - ña; heroica, aunque de aspecto grave y austero, cuan - do surgen don Fernando de Castro y doña Concepción - Arenal y el grupo afín de los profesores krausistas, con Sanz del Río a la cabeza.

En 1870, después de la Revolución de septiem - bre, las escuelas públicas y privadas instruyen a un millón de niños y niñas, y es en esta época cuando - surgen las Conferencias Dominicales para señoras en - la Universidad de Madrid, la Escuela de Institutri - ces y la Asociación para la enseñanza de mujer; todo esto debido a Fernando de Castro y los krausistas.

Como estas instituciones no surgían de los me

dios católicos, sino de conciencias heterodoxas, la jerarquía eclesiástica y profesorado oficial las recibieron con hostilidad y recelo, sobre todo por la procedencia krausista de sus iniciadores. Lo mismo sucede con la "buena sociedad", que manejada por el clero, ve con horror este acercamiento a la cultura de las mujeres.

En 1881, la Asociación absorbe a la Escuela de Institutrices; en 1883 funda una escuela de correos y telégrafos; y en 1884 la Escuela Primaria y la de Párvulos. En 1885 las nuevas bases declaran una finalidad más ambiciosa: "Esta Asociación tiene por objeto contribuir al fomento de la educación e instrucción de la mujer, y al mejoramiento de su condición individual y social en todas las esferas de la vida".

La asociación cumplió su cometido, hasta que terminada la guerra civil de 1936-39, hubo de cerrar sus puertas por discrepancias con elementos femeninos infiltrados en ella, pero de ideología y fines antagónicos.

En mayo de 1876 Sanz del Río funda la Institu

ción Libre de Enseñanza, entidad docente que funcionaría con independencia absoluta del Estado.

Su principal propósito era: "La elevación - - constante de la sociedad española por medio de la educación de las generaciones futuras, dentro de la - más generosa comprensión, colaborando todos en un ambiente neutral para la consecución de los fines universales, humanos y eternos". (cfr. J. Landi. pp. 37 38). (5).

La Institución Libre de Enseñanza es fundada por un grupo muy heterogéneo de gentes liberales que responde a un solo criterio: El de la libertad de enseñanza y la independencia de todo poder estatal y eclesiástico, de toda doctrina religiosa y política.

Estas ideas encuadran a la Institución dentro de la corriente europea que parte de la Reforma, continúa en la Ilustración y desemboca en el laicismo del siglo XIX.

ANA OZORES

INFANCIA

La descripción de la personalidad de ANA OZORES, así como la génesis de su carácter, su evolución y todas sus complejidades, revelan un hondo conocimiento de la mujer, por parte del autor. Después del primer contacto con la Regenta se adivina en ella, no un ser frustrado por anhelos irrealizables, sino un ser superior, en lucha por esos anhelos. Pero a causa de los defectos en su formación, los caminos que busca para la solución de sus problemas son equivocados.

Es necesario, para comprender una personalidad tan compleja y contradictoria, ir observando como se va estructurando esta mujer desde su nacimiento. Ello puede realizarse a través de la obra, gracias a la perfecta descripción de las circunstancias que tan magistralmente refleja Clarín.

a) Medio Ambiente.- Quizás el motivo principal de esta vida tan compleja se forja desde la primera infancia, en los primeros cuatro años de la vida. En esta Fase Pre-edípica, descrita por Freud en sus Estudios Clínicos, es muy importante cubrir las necesidades básicas, es decir, las relaciones con la madre principalmente, ya que es la proveedora de -- ellas que son fundamentales e instintivas.

Ana empieza en su recámara a hacer un repaso de su vida, al realizar un examen de conciencia: "Se acordó de que no había conocido a su madre. Tal vez de esta desgracia nacían sus mayores pecados. Ni madre ni hijos" (6). Huérfana de madre, añora el contacto físico directo de una figura materna.

Una trizteza infinita embarga a esta mujer -- que ha nacido para tener una vida esplendorosa, plena, y que de pronto la ve vacía, inútil, sin rumbo -- fijo, sin interés en nada ni en nadie; una vida muelle aparentemente, pero cuyo ocio la conduce fatal--

(6) Leopoldo Alas, La Regenta. Ed. Alianza. Madrid, - 1966. pp.51. Todas las citas las haré por la mis ma edición.

mente al vacío.

El mismo examen la lleva a revivir recuerdos de su infancia, siempre llenos de soledad, de aislamiento y de una necesidad de afecto enormes. De hecho, aunque no conozca a su madre, se ha formado la imagen de una madre buena que pudo ser y pudo tener. Al mismo tiempo, por otro lado, tiene una madre mala, personificada en Doña Camila, madre mercenaria, que funciona como madre a fuerzas por el interés del dinero y por la esperanza de una satisfacción sexual con don Carlos, que nunca se realiza.

Muestra Doña Camila una ambivalencia hacia la niña. Es pues, Ana, una figura utilizada, por un lado, por la satisfacción pecuniaria; por otro es odiada y rechazada, porque la señora desplaza hacia Ana resentimiento y odio creados por el desprecio del padre hacia ella, al no ver cubiertas sus fantasías sexuales.

El aya educa a la niña con mucho rigor. El encierro y el ayuno son sus sistemas pedagógicos. La acostaba siempre sin sueño y la niña se dormía llorando, acariciando con sus mejillas las sábanas, bus

cando consuelo en lo blando del colchón, sustituyéndolo por el regazo de su madre, ya que nunca habían oprimido su cabeza de niña contra un seno blando y caliente; y ella buscaba algo parecido dondequiera.

"Aquella blandura de los colchones era todo lo maternal con que ella podía contar; no había más suavidad para la pobre niña. Su pena de niña, la injusticia de acostarla sin sueño, sin cuentos, sin caricias, sin luz, la sublevaba todavía". (p.51). (7).

Conforme va creciendo, Ana buscará otras compensaciones:

"Como nadie la consolaba al dormirse llorando, acababa por buscar consuelo en sí misma, contándose cuentos llenos de luz y caricias. Poco a poco se había acostumbrado a esto, a no tener más placeres puros y tiernos que los de su imaginación". (p. 51-52). (8).

Hay una sustitución del mundo real, cotidiano y prosaico, por el mundo ideal, el de la imaginación; suplantación de realidad por fantasía. Ana rechaza-

la realidad que le rodea; su sensibilidad, su alma -
 tierna no encuentran una compensación y por eso eva-
 de la fría realidad. Para huir de ella realiza ese -
 escape por medio de la imaginación, que le permite -
 tener lo que quiera y pensar lo que sus fantasías --
 sean capaces de crear.

"Ana que jamás encontraba alegría, risas y be-
 sos en la vida, se dió a soñar todo eso desde
 los cuatro años.

. . . La niña fantaseaba primero milagros que
 la salvaban de sus prisiones que eran una - -
 muerte, figurábase vuelos imposibles".

"Yo tengo unas alas y vuelo por los tejados -
 -pensaba-; me marchó como esas mariposas"; y-
 dicho y hecho, ya no estaba allí. Iba volan-
 do por el azul que veía allá arriba". (p. 68)
 (9).

b) Personajes que constituyen el mundo de la-
niña.

El Padre.- Primogénito de unos nobles pero --

arruinado económicamente, se casó con una humilde mo
dista italiana, loco de amor. Desgraciadamente la ma
dre de Ana murió al nacer ella. Don Carlos era un --
hombre instruído que "amaba la literatura con ardor-
y era, por entonces, todo lo romántico que se necesii
ta para conspirar con progresistas". (p. 66). (10).

El padre de Ana en esta etapa pre-edípica, --
debe haber funcionado como una figura alejada, fría,
que nunca tuvo mayor relación con la niña. Así ella-
se desarrollaba en un medio ambiente de aislamiento,
de falta de contacto humano, de sensación de soledad
y de frustración afectiva primaria básica; porque el
padre tampoco es capaz de responder a los requeri---
mientos afectivos de ella en la segunda etapa edípi-
ca. Con esto Ana se forma una imagen del mundo dis--
torsionada, fría y frustrante.

Es en esta época cuando regresa Don Carlos y-
se da cuenta del carácter hurraño de su hija y decide
educarla él mismo; despide al aya y se dedica a ense-
ñarle cuanta mitología hay, y el arte clásico con to-
das sus bellezas; de estas enseñanzas, Ana sólo saca
impresiones puramente estéticas y posibilidades para
su fantasía. El padre decía: "Yo quiero que mi hija-

sepa el bien y el mal para que libremente escoja el bien, porque si no, ¿qué mérito tendrían sus obras?" (p. 73). (11).

Pero su padre causa en ella más desorientación que la que anteriormente tenía, ya que esa educación segunda no tiene orden ni método alguno.

De noche, en la biblioteca, discutían Don Carlos y varios aficionados a la filosofía. La polémica principal era la religión y probar la existencia de Dios. La medida o apreciación de la religión, según su padre, era la estética:

"Probar la religión por la belleza le pareció la mejor ocurrencia del mundo". (p. 77). (12).

La escasa comunicación con su padre, cuando por fin tiene oportunidad de tratarlo, de quererlo, cuando no se siente ya tan sola, tan abandonada, se ve cortada al morir Don Carlos repentinamente. A raíz de esta prueba tiene Ana su primera postración nerviosa que le lleva casi a la muerte:

"Sintió un egoísmo horrible, lleno de remordi

mientos. Más que la muerte de su padre le dolía entonces su abandono, que le aterraba. Todo su valor desapareció; se sintió esclava de los demás". (p. 82). (13).

La Madre.- Nunca fue aceptada en sociedad, - porque además de no ser noble, se dió por hecho que no era honrada como correspondía a una modista pobre. Es impresionante la evolución de la madre de Ana en la mente de los vetustenses después de muerta, lo -- que afectará a ésta aún más que su ausencia.

La sociedad se construirá un personaje a la - altura de sus mezquindades, acomodaticio al momento; cuando Ana cometa adulterio, lo primero que se le re- cordará será su origen: "¡Como su madre! El instinto . . . la sangre. No basta la educación contra la naturaleza". (p. 70). (14).

El Aya.- Don Carlos entregó la educación de Ana a una aya seca y dura llamada Doña Camila. Era - ésta una vieja hipócrita.

"La hipocresía de doña Camila llegaba hasta - el punto de tenerla en el temperamento, pues-

siendo su aspecto el de una estatua anafrodita, el de un ser sin sexo, su pasión principal era la lujuria . . ." (p. 66). (15).

Con esta vieja, con sus aficiones torcidas -- vivirá Anita; una compañía y educación que sólo logrará desorientar más a la pobre niña.

Doña Camila entiende la educación únicamente como rigor, sin recompensa alguna; cuando conoce el origen de Ana su dureza se intensifica. Así recibe a aquella niña de cuatro años que no tiene a nadie en el mundo y se convierte en el palo seco y recto que necesita una criatura "de natural torcido". El encierro y el ayuno se convierten en sus disciplinas.

Después de la aventura de la barca el aya dió rienda suelta a sus despechos; ella contaba con seducir a don Carlos y éste no la miraba siquiera, y por lo tanto se dedicó a pregonar la naturaleza "corrompida" de Anita; y desde entonces la educó: "Sin esperanzas de salvarla, como si cultivara una flor podrida ya por la mordedura de un gusano" (p. 70). (16).

La lujuria y el poco recato de Doña Camila --

junto con la presencia de su amante, además de los aspectos eróticos y sexuales, hacen suponer que la escena primaria sexual de Ana la haya experimentado a edades muy tempranas, aunque Clarín no habla sobre esto; y, aunado a todo lo demás le va a producir en la estructura de su personalidad un gran problema -- frente al sexo, frente al pecado y frente a la maldad que existe entre todos ellos.

Por lo tanto la educación de Ana en esta etapa se resuelve con un rechazo total a la figura del padre, es decir, un rechazo total a la figura masculina, por producirle angustia y hacerle consciente de la maldad intrínseca de ella misma.

Se le separa del trato con los hombres como si se tratara de algo inflamable que se aparta del fuego. Esto ocasiona que mire con desconfianza y hasta repugnancia todo cuanto hablara de relaciones entre hombre y mujer, y la incomprensión que de ellas pudiera nacer algún placer, aunque fuese ideal.

Lo anterior es una consecuencia de los hechos de la barca. Cuando tenía diez años pasa la noche en

una barca con un niño de doce, hecho que califica -- la sociedad como atroz.

Ella no entiende la falta que le inculpan. Habían subido los dos niños a la barca del Trébol para que la llevara a buscar a su padre que estaba matando moros; como no pueden zafar la barca se cuentan muchos cuentos y se quedan dormidos toda la noche.

Este suceso origina un escándalo; Doña Camila rechaza la conducta de la niña insultando a su madre.

"Desde entonces la trataron como a un animal-precoz. Sin enterarse bien de lo que oía, había entendido que achacaban a culpas de su madre los pecados que le atribuían a ella". -- (p. 55). (17).

c) Los sentimientos de culpa.- La ausencia de afecto del padre, el rechazo y el mal trato de Doña-Camila en la infancia de Ana son elementos frustrantes que crean en ella una imagen del mundo distorsio

nada y fría. Al mismo tiempo se va creando una idea de ella misma muy devaluada; no sería difícil pensar que se forma un sentimiento de culpa y una convicción de su maldad.

El rechazo por la falta de afecto de los demás hace pensar a la niña que ella no es digna de recibir cariño de nadie.

Es muy fácil suponer que una educación tan rígida como la que recibió, aunada a las prácticas religiosas hipócritas de aspectos inflexibles y de culpa, le hayan provocado una rigidez total frente a ella misma; al suponerse mala, necesita estar muy prevenida ante sus posibilidades de pecado.

En algunas ocasiones piensa que todos los seres humanos son malos, pero ella la peor de todos, que había que cuidarse de pecar; inconscientemente crea un mecanismo fóbico, que le lleva a rechazar todo afecto por el mismo hecho de carecer de él, huyendo y alejándose de todo lo que pudiera ser muestra de cariño.

"La fantasía de Ana le lleva a recrear constantemente . . . aquel gran pecado que había cometido, sin saberlo ella, la noche que pasó dentro de la barca con aquel Germán, su amigo" (p. 52) (18).

Y a pesar de sus sentimientos de culpa le daría el recordar cómo le imputaron quien sabe qué falta: "Desde entonces la trataron como a un animal-precoz". (p. 70). (19).

Esta mentira no logra calmarla nunca; sabe -- que su vida ha sido y sigue siendo una larga cadena de incomprendiones y calumnias; la sociedad la ha acosado siempre, le ve distinta, valiosa y no lo soporta.

d) Educación.- La formación que recibe Ana no es como la de cualquier niña que asiste a la escuela y tiene contacto con otras chicas, nise desenvuelve en un ambiente adecuado a su edad.

Su educación es muy contradictoria: por un la

do la que le da el padre, muy negativa. Y por otro lado, la que le da el aya, provocativa y frustrante.

Posteriormente son sus tías las que se encargan de su educación, pero tampoco en esta ocasión recibe una formación y un trato adecuado a su edad ni a sus necesidades de afecto.

El ambiente donde se desenvuelven sus tías es el de una sociedad falsa e hipócrita: la nobleza de Vetusta, que juzga a Ana conscienzudamente antes de permitirle entrar a su círculo. Les molesta que su madre haya sido una modista, le prohíben leer y hacer versos; sólo le perdonan estas faltas gracias a su belleza.

Como la niña llega enferma y desnutrida a casa de sus tías, el propósito principal de éstas es engordarla para casarla y salir pronto del compromiso de mantenerla. Ana comprende su obligación de sanar rápido para aliviar el peso de aquella carga:

"Toda su voluntad la empleó en procurar cuanto antes su salud. . . Querían engordarla co-

mo una vaca que ha de ir al mercado . . . Era preciso devorar aunque costase un poco de -- llanto al principio el pasar los bocados". -- (p. 87). (20)

Todas estas influencias adversas le impiden -- crecer de acuerdo con sus posibilidades y necesida-- des individuales.

Y por lo tanto, crea en ella una profunda in-- seguridad y angustia. Tiene la sensación de estar -- aislada en un mundo potencialmente hostil, lo que la hace revelarse y retirarse emocionalmente de los de-- más.

La formación que recibe Ana es un fiel refle-- jo del estado de cosas que privaba en la España del-- siglo XIX. Hay una marcada semejanza entre el carác-- ter débil, dependiente y anticuado de La Regenta, -- que nos muestra Clarín, con la situación real de la-- sociedad española en aquella época; parece como si -- quisiera hacer resaltar lo negativo y anacrónico de-- la ciudad de Oviedo; y, precisamente por que sentía--

tanto cariño hacia ella, su principal propósito era -
la elevación constante de la sociedad española por -
medio de la educación, con la colaboración de todos -
para lograr los fines universales, humanos y eternos.

LA EDAD ADULTA.

RELACIONES CON EL MEDIO AMBIENTE. LA SOCIEDAD.

Clarín se ocupa poco en su obra de la adolescencia de Ana Ozores. Percibe perfectamente la infancia y proporciona en su relato datos más que suficientes para trazar el carácter futuro del personaje. Al mismo tiempo diseña todos los elementos psicológicos que, confabulados con el estrecho marco social, determinarán la vida infeliz del personaje.

Tras una breve estancia en casa de sus tías, su primera juventud, se presenta el duro futuro para Ana; puesto que no tiene capital, y sus parientes le recuerdan violentamente la carga económica que supone para ellas, no queda otra salida que el convento o el matrimonio. Y el matrimonio como solución necesita de un marido rico. Así se convierte Ana en esposa --

de Víctor Quintanar, pacífico hombre maduro, por el cual no siente el menor amor. Con esto se pueden advertir ya dos elementos fatales:

- 1) La presión atrozante del medio social, y
- 2) El carácter de Ana, que termina siempre -- por sucumbir y plegarse ante las exigencias de aquél.

Toda la sociedad vetustense admira a Ana y la admite en su círculo gracias a su belleza, olvidando el origen de su humilde madre. Como carece de dote, ninguno se la humilde nobleza se casaría con ella, - lo único que harían sería divertirse a su costa, hecho que, según las tías debería aceptar porque era de "clase" el no alarmarse de estas confianzas entre todos los jóvenes de la aristocracia.

Ana se siente superior a las gentes que la rodean y desprecia todos los elogios que despierta su hermosura. Sin embargo, se siente vacía, sin amor. - Para ella todos los que la rodean son unos necios, inferiores, enclenques de espíritu. Todo ello la hace-

aislarse y, en cierta forma, resignarse con la situación.

Siente que Vetusta es su cárcel. En su imaginación revive otra parte donde pueda existir una sociedad que viva como ella quisiera vivir y que tenga sus mismas ideas. Se cree prisionera de sus tías, de las jóvenes aristócratas y de las beatas, todo es más fuerte que ella; se siente incapaz de luchar; su venganza es despreciar a todos y vivir de ensueños.

Durante un tiempo Ana huye de la realidad a través de la literatura: escribe o compone versos, lo que le proporciona una gran satisfacción; pero de nuevo los dos elementos fatales le niegan esta satisfacción: la mediocridad ambiental y su debilidad de carácter. Se le critica y se le ataca duramente desde la frase irónica hasta el reproche abierto, mordaz; la burla popular la moteja como "Jorge Sandio". Ese escape maravilloso que encuentra en sus versos, donde crea y goza con un mundo de amor y de hermosura, es aniquilado por una población que nada quiere-

saber de complicaciones, ni de profundidades. Anita-
acaba por sentirse ella misma ridícula y abandonar -
su tarea.

" Tan general y viva fue la protesta del gran
mundo de Vetusta contra los conatos litera---
rios de Ana, que ella misma se creyó en ridí-
culo y engañada por la vanidad ". (p. 96) - -
(21).

Ana se siente acosada por el pueblo miserable
de Vetusta, que reconoce su virtud porque no le que-
da otro remedio, pero no lo soporta; siente que esa
perfección es otra censura a todos sus vicios. Alre-
dedor de ella existe una sociedad podrida en la me--
diocridad, en la ociosidad y la monotonía provincia-
na. Todo Vetusta desea que Ana caiga para que sea --
una más entre todas las mujeres.

La Regenta siente lástima de sí misma al com-
pararse con un pajarillo que observa y hace esta re-
flexión:

"Estos animalitos sienten, quieren y hasta -- hacen reflexiones. . . Ese pajarillo ha tenido una idea de repente; se ha cansado de esta sombra y se ha ido a buscar luz, calor, espacio. ¡Feliz él! ¡Cansarse es tan natural!" -- (p. 166). (22).

Ana vive como en un convento, privada de todas las dulzuras del amor, tanto en casa de sus tías como en su matrimonio, donde el marido resulta indiferente y frío. El le ha dado una buena posición social y económica; pero ella comienza a exigir su derecho al amor.

Una profunda insatisfacción empieza a adueñarse de Ana, una peligrosa frustración se apodera de su ánimo; siente que debe haber en el mundo otra -- forma más pródiga, más dulce, más ardiente de vivir -- que la que ella conoce a través del descuido de don Víctor.

Vuelve a sentir lástima de sí misma al pasar-

por el boulevard de la "pobretería", como llamaban-- los vetustenses al barrio más populoso de Vetusta;-- donde molineros, sastres, costureras, doncellas, etc., se dan cita a la hora de salir de su trabajo. La Regenta siente en el alboroto, en la alegría de aquella gente una forma del amor, que se convierte en -- una necesidad universal:

"Ana participó un momento de aquella voluptuosidad andrajosa. Pensó en sí misma, en su vida consagrada al sacrificio, a una prohibición absoluta del placer, y se tuvo esa lástima profunda del egoísmo excitado ante las propias desdichas. "Yo soy más pobre que todas esas. Mi criada tiene a su molinero, que le dice al oído palabras que le encienden el rostro; aquí oigo carcajadas del placer que causan emociones para mí desconocidas". - --- (p. 173). (23).

Más adelante en el mismo paseo ve enfrente de una confitería a unos niños pobres peléandose por el

nombre de un dulce:

"También aquella escena enterneció a la Regenta. Siempre sentía apretada la garganta y lágrimas en los ojos cuando veía a los niños pobres admirar los dulces o los juguetes en -- los escaparates. No eran para ellos; esto le parecía la más terrible crueldad de la injusticia. . . se le antojaban compañeros en desgracia, hermanitos suyos, sin saber por qué".
(p. 174). (24).

La valoración de lo que hasta ahora ha sido -- su vida le produce tristeza, además de rebeldía; surge la rebelión ante una vida así y ante el espectáculo del amor, de la juventud gozando de él. ¿Para qué ver y saber qué es el amor, discutir o ponerle nombre a las delicias que el amor implica, si esas golosinas no son para ella?

"Solo ella no tenía amor, ella y los niños po

pobres que lamían los cristales de las confiterías, eran los desheredados. Una ola de rebeldía se movía en su sangre. (p. 176). (25).

Es propio de la Regenta el estar siempre analizando detenidamente cosas en las que no vale la pena profundizar; es decir, sustituyendo la vida por el pensamiento. Esto la tortura, pero en realidad no puede evitarlo, es en ella una segunda naturaleza.

Ella misma se niega cualquier tipo de diversión, se produce una especie de vocación al masoquismo, un principio de autodestrucción, de abnegación absurda, de sacrificio en vano; se siente, en sus aspiraciones románticas una mártir frustrada. Rechaza una invitación de su marido y de la marquesa de Vega llana para ir al teatro. Después se arrepiente de no haber aceptado.

"Se volvía loca. Aquel continuo estudiar su pensamiento, acecharse a sí misma, acusarse por ideas inocentes, de malos pensamientos, -

era un martirio. Un martirio que añadía a los que la vida le había traído y seguía trayendo sin buscarlos". (p. 185). (26).

Es en este momento cuando se plantea, por primera vez la posibilidad de ser como las demás, de -- participar en su mundo. Este sentimiento se irá ahondando cada vez más y descubrirá hasta en el menor de los detalles la vaciedad de su vida y la necesidad de cambiar.

"En aquel momento vio a todos los vetustenses felices a su modo, entregados unos al vicio, otros a cualquier manía, pero todos satisfechos. Sólo ella estaba allí como en un destierro". Pero, ¡ay! era una desterrada que no tenía patria a donde volver, ni por la cual suspirar". (p. 185). (27).

La labor de toda la población por igualarla a los demás empieza a hacer mella en la misma Ana. --

"¿Por qué no había de hacer lo que todas las demás"?
Ya la duda empieza a corroerle el alma, la duda de ha-
cer mejor lo más fácil, de seguir la corriente.

El clima de Vetusta, por demás malo, contribu-
ye en gran parte a aumentar la pesadumbre de Ana, --
pues su estado de desolación es alarmante por el am-
biente depresivo que le rodea. Casi todos los vetus-
tenses se resignan y siguen haciendo su vida normal,
pero Ana de Ozores se deja llevar por su tendencia -
depresiva.

"Todos los años, al oír las campanas doblar--
tristemente el día de los Santos, por la tar-
de, sentía una angustia nerviosa que encontra-
ba pábulo en los objetos exteriores, y sobre-
todo en la perspectiva ideal de un invierno,-
de otro invierno húmedo, monótono, intermina-
ble, que empezaba con el clamor de aquellos -
bronces". (p. 323). (28).

Llega un momento en que el pesimismo fatal -

se apodera de la Regenta: se ve a sí misma precipitada en el ambiente de la vejez, sin haber gozado nunca. Advierte la deprimente dimensión hacia donde la conduce su triste vida marital.

Y es en ese momento cuando, dos hombres, dos piezas características de la sociedad vetustense, aparecen en la vida de Ana, que se van a disputar por diversos motivos: el Magistral como un amigo protector para el reino espiritual; Mesía para su propia satisfacción, como enemigo de su honra, pero amante de su belleza.

"... aquellos dos hombres mirándose así por ella, reclamando cada cual con distinto fin - la victoria, la conquista de su voluntad, - - eran algo que rompía la monotonía de la vida vetustense, algo que interesaba, que podía -- ser dramático, que ya empezaba a serlo. El honor. . . estaba a salvo, ya se sabe, no había que pensar en él" (p. 278). (29).

Su vida de ahora en adelante no será tan árida, estará entre dos fuegos a cual más interesantes, tendrá a alguien que le preste atención, que se preocupe por ella, ya que tampoco lo hace su marido.

Desde la aparición de Don Alvaro en su vida, aunque en principio ella no le corresponda, el humor de Ana ha cambiado. Asiste al teatro, ella que nunca iba, llega y recibe satisfecha la admiración del público. Está acostumbrada a su mirada curiosa. Pocas veces ha aparecido ante él y ahora desea corroborar su fama de hermosa, que pocas oportunidades ha tenido de hacerlo; Ana jamás les había prestado atención, es más se había sentido molesta por esa curiosidad-- por su persona.

"Pero la noche de aquel día de Todos los Santos, recibió con agradable incienso el tributo espontáneo de admiración, y no vio en él, como otras veces, curiosidad estúpida, ni envidia ni malicia. Desde la aparición de Don Alvaro en la plaza, Ana había cambiado pasan-

de la aridez y el hastío negro y frío a una -
región de luz y calor que bañaban y penetra--
ban todas las cosas". (p. 338) (30).

La consideración de todos sus males la somete
a una tensión interna y la va enajenando de su pro--
pio yo. Esta tendencia del desarrollo neurótico la -
impulsa a dedicar la mayor parte de sus energías a -
la tarea de moldearse mediante rígidas disciplinas -
para convertirse en un ser de absoluta perfección.

Una oscura egolatría la ciega en tal forma --
que no logra desarrollar sus potencialidades humanas;
y le impide unirse a los demás con espíritu de soli-
daridad activa y productiva.

Todos sus inconvenientes los atribuye a las -
deficiencias de los demás. No reconoce en su marido-
la abnegación, el respeto que siente hacia ella; tam-
poco sabe aprovechar las relaciones sociales, el me-
dio ambiente ni la tranquilidad económica que propor-
ciona éste.

"Sus horas de rebelión nunca habían sido --- tan seguidas. Desde aquella tarde ningún momento había dejado de pensar lo mismo; que -- era absurdo que la vida pasase como una muerte, que el amor era un derecho de la juventud, que Vetusta era un lodazal de vulgaridades, - que su marido era una especie de tutor muy -- respetable, a quien ella sólo debía la honra del cuerpo, no el fondo de su espíritu, que - era una especie de subsuelo, que él no sospechaba siquiera que existiese. . . "Amaré, lo amaré todo, lloraré de amor, soñaré como quiera y con quien quiera; no pecaré mi cuerpo, - pero el alma la tendré abnegada en el placer de sentir esas dos cosas prohibidas por quien no es capaz de comprenderlas" (p. 339). (31).

"El ser humano necesita condiciones favora--- bles para su transformación; necesita una atmósfera cordial para darle una sensación de - seguridad interior, y la fuerza íntima necesaria que le permita tener pensamientos y sentiti

mientos propios y poder expresarse".

"Necesita la buena voluntad de los demás no sólo para que le ayuden en sus muchas necesidades, sino para que le guíen y le animen para que se convierta en un individuo maduro y fecundo. También necesita una sana fricción con los deseos y voluntades de los demás. Si de este modo puede crecer con los demás en el amor y en la competencia, también podrá crecer de acuerdo con su verdadero yo". (32).

El medio ambiente en que se desarrolla Ana -- desde su infancia, está formado de influencias adversas que le impiden crecer de acuerdo con sus necesidades individuales. La gente que la rodea de niña es está demasiado absorta en sus propias neurosis para poder amarla y concebirla como individuo. Su trato ha-

(32) Karen Horney. Neurosis y Madurez. Ed. Psique. - Buenos Aires. 1973.

cia ella es dominante, amenazador, irritable, exigente e hipócrita.

Por lo tanto, Ana no adquiere una sensación de confianza, sino una profunda inseguridad y vagaprensión, puede llamarse angustia, tiene la sensación de estar aislada y sola en un mundo hostil.

La presión de esta angustia evita que se relacione con los demás con espontaneidad de sus sentimientos y le obliga a hacerles frente; se rebela, cierra la puerta de su vida interior a los demás y se retira emocionalmente de ellos.

Su docilidad se convierte en apaciguamiento. Muestra en algunas ocasiones tentativas de sacrificio, así como en otras una entrega mística por sentimientos de culpa. Un ejemplo claro es cuando quiere reconciliarse con su confesor Fermín de Pas y de rodillas le ofrece aquel sacrificio, aquella prueba pública de adhesión a él, que ha sido calumniado y perseguido; promete vestirse de nazareno e ir descalza-

en la procesión del viernes santo, como prueba de fi
delidad espiritual.

" . . . se había jurado a sí misma caminar - -
así, a la vista del pueblo entero, por todas-
las calles de Vetusta detrás de Jesús muerto,
cerca de aquel Magistral que padecía también-
muerte de cruz, calumniado, despreciado por -
todos. . . y hasta por ella misma". (p. 553)-
(33).

El día de la procesión se da cuenta de la lo-
cura que comete; siente vergüenza por ella misma y -
por su casa; pero es imposible dar marcha atrás, to-
do Vetusta esperaba verla aparecer delante de todos-
como una exhibición, sin importarles el drama de la-
pasión.

"Aquellos pies desnudos eran para ella la des
nudez de todo el cuerpo y de toda el alma. E-
lla era una loca que había caído en una espe-

cie de prostitución singular; no sabía por --
qué, pero pensaba que después de aquel paseo--
a la verguenza, ya no había honor en su casa.--
Allí iba la tonta, la literata, Jorge Sandio,
la mística, la fatua, la loca, la loca sin --
verguenza" (p. 558). (34).

Las razones de esta falta de integración resi-
den, en parte, en una falta de madurez y la unifica-
ción de las relaciones con los demás; no ha tenido -
la oportunidad de desarrollar una verdadera confian-
za en sí. Ha vivido en una sociedad basada en la com-
petencia que la ha hecho aislada y hostil y a causa-
de ello ha desarrollado la necesidad de elevarse por
encima de los demás.

ANA OZORES Y EL MAGISTRAL FERMIN DE PAS.

El arcipreste don Cayetano Ripamilán, confesor de Ana Ozores, renuncia a seguir siendo su padre espiritual por su avanzada edad y pide al Magistral-Fermin de Pas que tome su lugar; desde este momento tiene conocimiento directo de la Regenta.

Fermin de Pas es un hombre montañés a quien - su ambiciosa madre, Doña Paula Raíces, ha practicamente forzado a ser sacerdote. Tiene dotes naturales de inteligencia, prestancia física, una gran elocuencia, porte, etc., y sirve a los planes de su madre - maravillosamente; antes de conocer directamente a la Regenta no tiene otros propósitos que conseguir cargos eclesiásticos elevados. Se le achacan abusos dentro de los privilegios religiosos y está un poco en duda de su reputación en cuanto a los fondos de aso-

ciaciones religiosas.

Conoce Vetusta en el exterior, o sea, físicamente y en el interior, la conciencia de sus habitantes:

"El Magistral conocía una especie de Vetusta-subterránea: era la ciudad oculta de las conciencias. Conocía el interior de todas las casas importantes y de todas las almas que podrían servirle para algo . . . Relacionaba las confesiones de unos con la de otros, y poco a poco había ido haciendo el plano espiritual de Vetusta. Como los observatorios meteorológicos anuncian los ciclones, el Magistral hubiera podido anunciar muchas tempestades en Vetusta, dramas de familia, escándalos y aventuras de todo género" (p. 204). (35).

Es impresionante ver la pasión con que el Magistral observa Vetusta desde el campanario. Ahí en las alturas planea su dominio, su poderío; ahí obser

va y mide a todos por un rasero:

" . . . el Magistral, olvidado de los campane-
ros paseaba lentamente su mirada por la ciu--
dad, escudriñando sus rincones, levantando --
con la imaginación los techos, aplicando su -
espíritu a aquella inspección minuciosa, como
el naturalista estudia con poderoso microsco-
pio las pequeñeces de los cuerpos. No miraba-
a los campos, no contemplaba la lontananza de
montes y nubes; sus miradas no salían de la -
ciudad. Vetusta era su pasión y su presa. . .
La conocía palmo a palmo, por dentro y por --
fuera, por el alma y por el cuerpo había escu-
driñado los rincones de las conciencias y los
rincones de las casas. Lo que sentía en pre--
sencia de la heroica icudad era gula, hacía -
su anatomía, no como el fisiologo que solo --
quiere estudiar, sino como el gastrónomo que
busca los bocados apetitosos; no aplicaba el-
escapelo, sino el trinchante". (p.14). (36).

Espíritu superior a los vetustenses, al Magis

tral le viene estrecho el escenario de provincia; -- tiene dotes que pasan desapercibidos, o no son suficientemente apreciados; se siente desperdiciado.

Quizás el vivir en una sociedad basada en la competencia, que lo agrede y lo hostiliza, desarrolla en don Fermín la urgente necesidad de elevarse por encima de los demás, sin importarle los medios, ya sean lícitos o dolorosamente planeados. Existe en él una enajenación de sí mismo, ya que no puede crecer ni actuar rectamente en su trato con los demás; se ve obligado a vencer sus sentimientos, deseos y pensamientos genuinos, puesto que los somete a su seguridad externa. Estos han perdido su importancia, han sido silenciados, opacados. No importa lo que sienta, con tal de que no falle su seguridad. De este modo logra una sensación de poder, se idealiza a sí mismo, se siente con facultades ilimitadas; se convierte en un héroe. En su espíritu hay sueños, afanes de infinito, de volar muy alto.

"Llegar a lo más alto era un triunfo voluptuoso para de Pas. Ver muchas leguas de tierra,-

columbrar el mar lejano, contemplar a sus - -
pies los pueblos como si fueran juguetes, ima-
ginarse a los hombres como infusorios, ver pa-
sar un águila o un milano, según los parajes,
debajo de sus ojos, enseñándole el dorso dora-
do por el sol, mirar las nubes desde arriba -
eran intensos placeres de su espíritu altane-
ro en que De Pas se procuraba mientras podía"
(p. 13). (37).

De Pas se va acercando a los treinta y cinco-
años; empieza a tomar conciencia de que se precipita
irremediablemente en el anonimato de una sórdida pro-
vincia, a cuyos habitantes desprecia por considerar-
los inferiores a él. Este saberse no aprovechado lo-
considera con tristeza, hasta su físico formidable -
de atleta: "El Magistral miraba con tristeza sus mús-
culos de acero, de una fuerza inútil". (p. 211). (38).

En su monótona vida se va a presentar un he--
cho al parecer sin importancia; Don Cayetano ". . . -
dejaba al Magistral la más apetecible de sus joyas -
penitenciarias como lo era sin duda la digna y vir--

tuosa y hermosísima esposa de Don Victor Quintanar".

"Estaba cansado de Obdulias y Visitaciones... esperaba algo nuevo, selecto" (p. 42). Sabe de las elevaciones y profundidades del alma de esta joven señora y está atento a su primera confesión, la cual será general para una mejor dirección espiritual de la interesada. Conociendo el carácter y el ánimo del Magistral, no es extraño que se hayan entendido a la perfección él y Ana, desde el primer momento. Antonio Ramos Gascón dice, con respecto a este punto: -- "Ana de Ozores no encontrará paralelo sino en la figura del Magistral, lleno del mismo espíritu de soledad moral que le hace considerar a Vetusta como un montón de basuras y llamar "bestias" a sus múltiples enemigos" (39).

Por eso ella será la hija de confesión ideal y su alma hermana.

(39) Leopoldo Alas. Pipá. Edición de Antonio Ramos - Gascón. Ed. Cátedra, S. A., Madrid. 1976. p. 25.

A la Regenta le sorprende encontrar en Vetusta alguien tan valioso; le conmueven la elocuencia, la espiritualidad y la virtud del Magistral:

"¡Y qué dicha tener un alma hermana mayor, a quién poder hablar de tales asuntos, los más interesantes, los más altos sin duda! Vetusta encerraba aquel tesoro". (p. 169-170) (40).

A Ana le interesa mucho la comunicación con su nuevo confesor, pues encuentra en él un ser poderoso que le ayudará a luchar contra los demás, la comprenderá y la apreciará, en su afán de encontrar su identidad. Para ella el Magistral es un alma gemela que le devuelve su propia imagen, revelándole sus valores, sus aspiraciones.

Es De Paz quien hace sentir a Ana que ella existe, que vale mucho, que no ha sido una mujer en la extensión de la palabra, porque en su vida no ha habido quien la mida, la descubra, la valore. Es él quien le muestra su imagen, sus virtudes y defectos-

y le da un concepto de quien es ella:

Don Fermín será el primero que consiga que -- Ana acepte ser como las demás, que haga lo que las o tras señoras piadosas; que se baje de su pedestal y participe de la vida de los demás. Además le pide -- que lo vea "como hermano mayor del alma, con quien -- las penas se desahogan y los anhelos se comunican -- y las esperanzas se afirman y las dudas se desvane-- cen". (p. 167).(41).

La forma en que habla el Magistral a la Regen ta la hace sentirse muy satisfecha. "Aquella conformi- --- dad de la fe y de la razón encantaba a la Regenta. - ¿Cómo tenía ella veintisiete años y jamás había oído esto? . . . ¡Y qué dicha tener un alma hermana, -- hermana mayor, a quien hablar de tales asuntos, los- más interesantes, los más altos sin duda!" (p. 167 - 169). (42).

Desde la primera confesión de Ana con el Ma-- gistral se establece entre ellos una relación falsa. Aparentemente basada en motivos estrictamente espiri

tuales, es, desde sus inicios, una relación transferencial, con una fuerte sexualización que se revelará más tarde. Son dos almas en igualdad de condiciones respecto a falta de cariño, desorientadas, incomprendidas en sus valores, desperdiciadas, etc. Es lógico que se unan; sin darse cuenta están entregándose espiritualmente; y después, sin estar consciente de ello, el Magistral quiere hacerlo materialmente. La Regenta absorbe su mente y distrae su atención.

"Una cosa era lo que debiera estar pensando y otra lo que pensaba sin poder remediarlo. Quería buscar dentro de sí fervor religioso, encendida fe, que necesitaba para inspirarse y escribir un párrafo sonoro, rotundo, elocuente, con la fuerza de la convicción; pero la voluntad no obedecía y dejaba al pensamiento entretenerse con los recuerdos que le asediaban." (p. 203). (43).

Muchas cosas tienen en común Ana y el Magis--

tral; ambos desprecian a los vetustenses porque se--
saben superiores a ellos. Y a la vez los vetustenses
desprecian, odian, critican y envidian tanto al Ma--
gistrat como a la Regenta. Al primero le envidian su
apostura física, su posición dentro de la Iglesia, -
su personalidad. A la Regenta, su extraordinaria be-
lleza, su posición privilegiada de mujer distinta, -
su tremenda virtud a toda prueba. Esta es la visión-
de la sociedad, que no percibe su autodevaluación, -
sus inhibiciones sexuales, su represión, en fin, to-
dos los elementos neuróticos que le impiden un desa-
rrollo normal.

Todo el mundo desea verlos caer, nadie sopor-
ta tanta perfección a su lado. Es un rechazo a su --
inútil y sosa vida. Si todos somos iguales, piensa-
el vetustense, serán menos fuertes las faltas y me--
nos culpables los faltantes; por consecuencia menor-
el remordimiento.

El comportamiento de Ana respecto al Magis---
tral, no es del todo claro. Le escribe una carta y -
se pone sumamente nerviosa de que otros la puedan --

leer: ". . . de prisa, y como ocultándose, cerraba - en aquel instante la carta que poco después D. Fermán leía delante de su madre". (p. 262). (44).

Existe una mezcla curiosa de sentimientos entre espiritual y profundamente sensual. A Ana le causa rubor el ver al Magistral y recordar lo que le ha dicho:

"Recordó todo lo que se habían dicho y que -- había hablado como con nadie en el mundo con aquel hombre que le había halagado el oído y el alma con palabras de esperanza y consuelo, con promesas de luz y de poesía, de vida importante, empleada en algo bueno, grande y -- digno de lo que ella sentía dentro de sí, como siendo el fondo del alma". (p. 265). (45).

La Regenta se siente descontenta consigo misma; no le pesa engañar al pobre de don Victor, pero sí mentirle al Magistral.

"Por la primera vez sintió Ana la vergüenza - de su imprudente conducta. Lo que había despertado en ella la presencia de don Victor, - lo despertaba la imagen de don Fermín, ahora se creía infiel de pensamiento, pero, ¡cosa - más rara! infiel a un hombre a quien no debía fidelidad ni podía debérsela". (p. 351). (46).

Siente que a Don Victor le debe el cuerpo pero al Magistral ha de reservarle el alma.

Existe ya entre los dos algo sobreentendido, - una especie de unión conyugal con deberes de fidelidad. El Magistral mismo está sorprendido al verse -- reclamándole mentalmente a la Regenta.

"¿Qué derechos tenía él sobre aquella mujer? - ninguno. ¿Cómo dominarla si quería sublevar-- se? ¿No habría modo? ¿Por el terror de la religión? Patarata. La religión para aquella se ñora nunca podría ser el terror. ¿Por la persuasión, por el interés, por el cariño? El no

podía jactarse de tenerla persuadida, interesada y menos enamorada, de la manera espiritual a que aspiraba". (p. 356). (47).

Como el Magistral advierte la inconstancia de Ana con respecto a él, adopta la postura de causarle lástima y compasión refiriéndole los muchos enemigos con que cuenta.

La fe de Ana se desmorona cuando se da cuenta del amor del Magistral hacia ella, siente como una -- profanación a su amistad pura, desinteresada e ideal. Intenta fortificar el espíritu por sí misma pero los sofismas vulgares de su padre, el librepensador don-Carlos, vienen a atormentarla a cada instante. Duda de la virtud del sacerdote, de la Iglesia y de muchos dogmas. Es decir, uno de los pocos pilares firmes en su vida comienza a tambalearse.

Pasado algún tiempo se resiste a culpar a don Fermín de estos sentimientos, piensa que es ingrata y cruel al abandonarlo y despreciarlo como lo hacía-Vetusta.

A él le debe la honra, la religión; además -- no tiene ninguna prueba de su amor. Con los nervios-irritados en medio de sus fantasías y como una alucinación decide pagar su culpa con un gran sacrificio:

"Sí . . . ella, ella, Ana a los pies del Magistral, como María a los pies de la cruz. El Magistral estaba crucificado también por la calumnia, por la necedad, por la envidia y el desprecio. . . y el pueblo asesino le volvía las espaldas y le dejaba allí sólo . . . y -- ella ¡estaba haciendo lo mismo!" (p. 537). -- (48).

El Magistral no cabe en sí de gozo al saber lo que Ana le ofrece; y el mismo día lo ha mandado llamar don Pompeyo Guimarán, el ateo del pueblo, para que lo confiese.

Dos triunfos en un sólo día. Su orgullo no cabe en sí de contento.

Para don Fermín, este acto es un triunfo mate

rial sobre Vetusta, pero también lo acaba de despo--
 jar de lo poco de sacerdote que le quedaba. Se sien--
 te el amo de Vetusta, ha confesado al único ateo que
 había en la ciudad y ha humillado a la mujer más her--
 mosa.

". . . y era esto por él, se le debía a él so--
 lo. . . ¿Quién podía más? Y después de las su--
 gestiones del orgullo, los temblores cardí--
 cos de la esperanza del amor. ¿Qué serían, co--
 mo serían en adelante sus relaciones con Ana?
 Don Fermín se estremecía. Por de pronto mu--
 cha cautela. . . De Pas sentía que lo poco de
 clérigo que quedaba en su alma desaparecía. --
 Se comparaba a sí mismo a una concha vacía a--
 rrojada a la arena por las olas. "El era la --
 cáscara de un sacerdote" (p. 559). (49).

El poder del Magistral sobre la Regenta va de
 cayendo poco a poco hasta que la pierde definitiva--
 mente, cuando se entera por Petra, criada de Ana, --
 que esta es ya de Don Alvaro.

De Pas sufre el más profundo dolor, el que no puede salir a la luz del día, el que tiene que ahogarse dentro de sí. La sotana le quema el cuerpo. -- Las ideas más absurdas, las venganzas más sangrientas se le ocurren a este hombre desecho, aniquilado.

". . . le había engañado, le había deshonrado, como otra mujer cualquiera; y él que tenía -- sed de sangre, ansia de apretar el cuello al infame, de ahogarle entre sus brazos, seguro de poder hacerlo, seguro de vencerle, de pisarle, de patearle, de reducirle a cachos, a polvo, a viento; . . . él, misérrimo cura, -- ludibrio de hombre disfrazado de anafrodita, -- él tenía que callar, morderse la lengua, las manos, el alma, todo lo suyo, nada del otro, -- nada del infame, del cobarde que le escupía -- la cara por que él tenía las manos atadas". -- (p. 625). (50).

Su única salida es la venganza, a través del-

Único que puede hacerlo, don Victor. Provoca su ira, le da fuerza y rabia en su decisión de ver castigados a los culpables.

ANA OZORES Y DON VICTOR QUINTANAR.

Ana se ve obligada a aceptar como esposo a -- don Víctor Quintanar, para no ser una carga más para sus tías.

Pero "¿No es una temeridad casarse sin amor?-- ¿No decían que su vocación religiosa era falsa, que ella no servía para esposo de Jesús - porque no lo amaba bastante? Pues si tampoco amaba a don Victor, tampoco debía casarse con él" (p. 100). (51).

La falta de un amor verdadero que le detuviera a reflexionar, la premura que demostraban sus -- tías para casarle, la recomendación de Ripamilán; y-

sobre todo, el no tener otro más noble a quien amar, obligan a Ana a ser la esposa de Quintanar.

Víctor Quintanar, Regente de la ciudad, de -- cuarenta y pico de años, es un hombre curioso, un raro ejemplar humano, aparentemente un verdadero sabio, serio, investigador; su verdadera pasión es la cacería, así como la horticultura, a las que dedica sus mejores esfuerzos y vive para esos momentos que disfruta inmensamente con su amigo inseparable, el buen Frígilis.

Esta es la visión que la sociedad tiene de -- él; la visión de la propia Ana, su esposa, casi siempre. Pero, ¿qué hay detrás de su indiferencia, de su bonhomía? Penetremos más en su personalidad.

En el aspecto sexual, Quintanar demuestra tener una sexualidad infantil, debida principalmente a la libido insatisfecha y muestra tener fijaciones de algún suceso de su vida. "Más ¿dónde encuentra la -- libido las fijaciones de que precisa para abrirse paso a través de las represiones? Indudablemente, en -

las actividades y los sucesos de la sexualidad infantil, en las tendencias parciales abandonadas y en -- los primitivos objetos infantiles" (52). Por lo tanto, siente una necesidad neurótica de afecto, una insaciable sed de goces eróticos, y un anhelo de amor, de simpatía y de aprecio.

"No había, en suma, llegado a ser dueño de -- los encantos de su doncella, pero en aquellos primeros y últimos escauceos amorosos había -- podido adquirir la convicción de que La Regenta había regalado a Petra unas ligas que el -- amante esposo le había regalado a ella". -- (p. 590). (53).

Don Víctor presenta características muy definidas de neurosis obsesiva, la que impone actos que exigen una energía anormal, en la que el enfermo no hace otra cosa más que sustituir su obsesión reempla

(52) Sigmund Freud. Introducción al Psicoanálisis. -- Alianza. Editorial. Madrid, 1975, pp. 377.

zando una idea absurda por otra, cambiando de precauciones.

"Su marido era botánico, ornitólogo, floricultor, arboricultor, cazador, crítico de comedias, cómico, jurisconsulto, todo menos su marido" (p. 188 y 189). (54).

Junto a la obsesión aparece en el terreno intelectual un estado de duda que provoca una perpetua indecisión haciéndole imponerse inhibiciones cada vez más rigurosas. Estos síntomas son importantes porque los neuróticos obsesivos, por lo general, han sido antes personajes de carácter muy enérgico, de una gran tenacidad y siempre de un nivel intelectual superior; presentan además una alta disciplina moral llevada hasta la exageración y una extrema corrección.

Los impulsos del neurótico presentan un carácter infantil y desatinado; sintiéndose incitado a cometer graves crímenes en la fantasía, que no llegan-

jamás a ser siquiera iniciados, pues la fuga y la --
prudencia acaban siempre por imponerse.

"Ira de Dios ¡Pardiez, mal haya! ¡Siempre el--
mismo! Si es mía, si la maté yo . . . si es--
toy seguro de que fue mi tiro". (p. 392). --
(55).

Los actos obsesivos que realmente lleva a ca--
bo son siempre inocentes e insignificantes, consis--
tiendo en repeticiones u ornamentaciones ceremonio--
sas de los actos más corrientes de la vida cotidiana.

"Y don Victor leía con énfasis y esgrimía el--
acero brillante, como si estuviera armando ca--
ballero al espíritu familiar de las comedias--
de capa y espada" (p.501). (56).

Naturalmente desde un principio, las relacio--
nes de este matrimonio son más de padre-hija que de--
esposo-esposa. Siempre se despide de ella por las no

ches "depositando un casto beso en su frente" y dará unas rápidas palmaditas en el hombro de su esposa -- cuando ésta reclame su presencia y algo más, para irse rápidamente a dormir, pues las horas antes de la caza deben ser de descanso absoluto.

Hay un pacto de no agresión en esta pareja, - de respeto de no estorbarse en las mutuas aficiones. Deja entera libertad en los derechos de Ana, pero -- esto lo hace para que ella no interfiera en los suyos. Así se ufana de decir: "La libertad de cada --- cual se extiende hasta el límite en que empieza la - libertad de los demás; por tener esto en cuenta, he sido siempre feliz en mi matrimonio". (p. 60). (57).

Como don Victor madrugaba para ir de cacería, y Ana se levantaba hasta muy tarde por sus lecturas-nocturnas, decidieron separar su lecho:

"No se recuerda quién, pero él piensa que Anita se atrevió a manifestar el deseo de una separación en cuanto al tálamo . . . Fue acogi-

da con mal disimulado júbilo la proposición--
tímida y el matrimonio mejor avenida del mun-
do dividió el lecho. . . " (p. 60). (58).

Ana capta desde el instante en que se casa --
con don Victor, su vida futura en todo su dramático-
esplendor. Se siente predestinada a una vida necia,
no opone resistencia a que decidan por ella.

En la berlina que conduce a los recién casa--
dos, no faltan ejemplares de obras de teatro que don
Victor, con la mayor naturalidad, se atreve a ir le-
yendo. Esto lo ha hecho siempre y sus lecturas no se
verán interrumpidas, así como tampoco ninguno de sus
hábitos anteriores a su matrimonio. El héroe de las-
epopeyas imaginadas por Ana está muy lejano de este-
caballeroso hombre.

La Regenta trata de no ser injusta con su ma-
rido; le reconoce muchos atributos, pero ninguno co-
mo buen esposo, pues ella sigue viviendo sin amor:

"¡Oh, y lo que es como un padre se había hecho querer, eso sí! No podía ella acostarse sin un beso de su marido en la frente. Pero llegaba la primavera, y ella misma, ella le buscaba los besos en la boca; le remordía no quererle como marido, de no desear sus caricias y además tenía miedo a los sentidos; excitados en vano. De todo aquello resultaba una gran injusticia, no sabía de quién, un dolor irremediable que ni siquiera tenía el atractivo de los dolores poéticos; era un dolor vergonzoso. . ." (p. 190). (59).

Quintanar es el que siempre pone los manjares delante de su mujer, le recomienda a don Alvaro para que se desaburra. Desde luego que él tiene una fe ciega en Anita; más ciega por comodidad que por amor; o quizás en el fondo desea que le ayuden un poco con todas estas complicaciones que él se siente incapaz de resolver.

"Nada; fallo (no olvidemos que es juez y dic-

ta veredictos) que debo condenar y condeno -- esta vida que haces, y desde mañana mismo otra nueva. Iremos a todas partes, y si me apuras, le mando a Paco o al mismo Mesía, el Tenorio, que te enamoren. . ." (p. 194). (60).

Ana está convencida de que don Alvaro la ama verdaderamente y que don Victor les estorba, aunque bien mirado, ese estorbo le ha merecido la atención y dedicación de hombre tan ilustre como el Magistral, a quien Quintanar despreciaba porque robaba la atención y la mayor parte de las horas de Anita.

"En rigor, don Víctor era un respetable estorbo. Pero ella le quería, estaba segura, le -- quería con un cariño filial, mezclado de cierta confianza conyugal. . . Y además si no fuera por don Victor, el Magistral no tendría -- porqué defenderla, ni aquella lucha entre dos hombres distinguidos que comenzaba aquella -- tarde tendría razón de ser. No había que olvidar que don Fermín no la quería ni la podía -

querer para sí, sino para don Víctor". (p. -- 278). (61).

En el complot para que el Magistral se quede en la comida de los Vegallana está don Víctor; desea que aquél se quede para que su mujer lo vea en ridículo; ya que Obdulia va a coquetear con él para ponerlo en evidencia:

". . . él consideraba a los curas tan hombres como los demás".

- Por otra parte- añadió el ex Regente- me alegro de que don Fermín coma con nosotros porque de ese modo se le quitará a mi mujer la idea empecatada de ir a reconciliar esta tarde . . . Quiero que se acostumbre a ver a su nuevo confesor de cerca para que se convenza de que es un hombre como los demás". (p. 261) (62).

Ana estima y respeta a su don Víctor, pero ca

da día le va pareciendo más insustancial esta relación; en muchas ocasiones lo encuentra hasta ridículo; como en un momento que lo encuentra declamando versos de lances de honor, en una situación absolutamente grotesca, con un ridículo atuendo:

"Como la Regenta no estaba en antecedentes, sintió el alma en los pies al considerar que aquel hombre con gorro y chaqueta de franela que repartía mandobles desde la cama a la una de la noche era su marido, la única persona de este mundo que tenía derecho a las caricias de ella, a su amor, a procurarle aquellas delicias que ella suponía en la maternidad, que tanto echaba de menos ahora, con motivo del portal de Belén. . . y encontraba a su marido declamando de medio cuerpo arriba, como un muñeco de resortes que salta en una caja de sorpresas. La ola de la indignación subió al rostro de la Regenta y lo cubrió de llamas rojas" (p. 502). (63).

Pero más absurda aparece la figura de Quintanar cuando le pide a don Alvaro que seduzca a su mujer; es en la procesión del Viernes Santo, al ver a su mujer fanatizada por el Magistral.

"-¡Lo juro por mi nombre honrado! ¡Antes que esto, prefiero verla en brazos de un amante!- Sí, mil veces, mil veces, si -añadió- ¡Bús--- quenele un amante, sedúzcanmela; todo, antes de verla en brazos del fanatismo! . . . (p. - 560). (64).

Ana y don Víctor se van a la casa de verano de los Vegallana, pasan unos días de tranquila y dulce estabilidad, pueden estar juntos, felices aparentemente, pues don Víctor es expansivo con su esposa; pero esto no dura mucho.

Un gran dolor invade el alma de Quintanar - - cuando descubre los amores de Anita con Alvaro. No da crédito, se le nublan los ojos y en un instante - dolorisísimo capta toda su desgracia.

". . . y el dolor de la traición le pincho -- por vez primera con fuerza bastante para arrancarle lágrimas. Lloró como un anciano, y pensó en que ya lo era. . . "Ay, sí, era un pobre viejo; un pobre viejo, y le engañaba, se burlaban de él. Llegaba la edad en que iba a necesitar una compañera, como un báculo.

. . . y el báculo se le rompía en las manos, -- la compañera le hacía traición, iba a estar -- solo . . . solo; le abandonaban la mujer y el amigo. . ."

. . . No sentía celos, no sentía en aquel momento la vergüenza de la deshonor. . . quería la más ahora que nunca, pero claramente sentía que no era aquel amor de amante, amor de esposo, sino como de amigo tierno, y de padre. . . sí de padre dulce, indulgente y deseoso de cuidados y atenciones". (p. 632). -- (65).

Quintanar se da cuenta del error que ha come-

tido al querer casarse con una mujer a la que no puede hacer feliz por la diferencia de edades y por no poder cumplir como esposo amante.

"No sé lo que debo hacer, ni lo que debo pensar siquiera, Anita me engaña, es una infame, sí. . . pero ¿y yo? ¿No la engaño yo a ella?— ¿Con qué derecho uní frialdad de viejo distraído y frío a los ardores y a los sueños de su juventud romántica y extremosa? ¿Y por qué alegué derechos de mi edad para no servir como soldado del matrimonio y pretendí después batirme como contrabandista del adulterio"? — (p. 639). (66).

Como ha leído tantos libros de lances de honor sabe muy bien que debe batirse en duelo con Mesías. Su muerte será la desgracia para Ana por el marcado desprecio que le brindará el mundo vetustense.

Toda la tragedia de la novela, la tragedia que rompe las vidas de Ana y el propio D. Víctor es práctic

ticamente una consecuencia, pues, de la deformación de la personalidad de éste último. Porque se puede esbozar una hipótesis: ¿qué habría sucedido con el relato, en caso de ser el Regente un varón normal en su sexualidad? Seguramente muchas de las ansiedades de Ana hubieran desaparecido. Ella misma sabía que necesitaba los hijos, el amor normal en el matrimonio. Tal vez hubiere sido una pieza más de la sociedad Vetusta, una mujer satisfecha, que no se habría revelado en contra de la sociedad que la rodeaba.

ANA OZORES Y DON ALVARO MESIA.

Don Alvaro Mesía es el hombre más apuesto-- de Vetusta; es famoso por su elegancia, por su gallardía, pero sobre todo por su irresistible fuerza para conquistar a las mujeres; un embrujo magnético le acompaña siempre, y no hay en Vetusta y sus alrededores mujer de todas las condiciones sociales que se le haya resistido. La única, hasta ahora, ha sido la Regenta.

Poco a poco va tendiendo una red sutil, pero indestructible alrededor de Ana; es un hombre -- que todo lo aprovecha, de todo abusa, utiliza a los demás para la consecución de sus fines; como por -- ejemplo cuando trata de convencer a Paco Vegallana-- de que su amor por Anita es lo más puro que existe--

para que le ayude a conquistarla. Más tarde abusará del propio don Víctor, procurando su amistad para - estar más cerca de La Regenta.

Mesía es el típico Don Juan amoral en el amor, fundamentalmente tramposo; no le importan los medios para conquistar a sus mujeres. Toda incorrección o fechoría no le parece una desgracia. No le detienen las inhibiciones normales que defienden a la mujer de un hombre cualquiera, como, por ejemplo, - la inocencia, la condición de casada, la clase social diferente, la religión, la idea de causar a -- los demás un perjuicio o una tristeza.

Su divisa es: "Creo en mí y no creo en - - ellas". "El era ante todo, un hombre político, un - hombre político que aprovechaba el amor y otras pasiones para el medro personal". (p. 135). (67).

Se sabe irresistible; cree que basta su sola presencia, el más mínimo contacto con su víctima para precipitarla en sus brazos.

"Para tener idea de lo que Mesía pensaba -- del prestigio de su físico, hay que figurar se una máquina eléctrica con conciencia de que puede echar chispas. El se creía una máquina eléctrica de amor . . . Se creía hombre de talento -él era principalmente un político, confiaba en su experiencia de hombre de mundo, y en su arte de Tenorio, pero humildemente se declaraba a sí mismo que todo esto era nada comparado con el prestigio de su belleza corporal" (p. 178). (68).

Su cinismo llega a tal grado que es capaz de fingir hasta abnegación, dulzura y demás sentimientos nobles; y llena con su hermosa presencia los lugares que visita, que siempre es recibido -- con buen agrado.

"En cada casa entraba según lo exigía la vida de aquel hogar. Jugaba al escondite con los niños, les fabricaba pajaritas de papel,

jugaba al dominó con la abuela, servía a la madre de devanadera, oía con paciencia y -- fingida atención las lucubraciones socialistas y humanitarias del padre, encantaba a todos; llegaba a ser el tertulio necesario, el paño de lágrimas, el consejero, el mejor ornamento de la casa; la llenaba con su herumosa presencia, era dulce, cariñoso, tenfa-blanduras de padrazo; cuidaba los intereses domésticos como si fueran propios, hasta ponía la paz entre los criados y los amos". - (p. 429). (69).

Le molestan los comentarios alrededor de la virtud de la Regenta. Quiere vencerla más por pro--bar su irresistible personalidad y su maestría en - lances de amor que por amor mismo.

"Tan mujer era la Regenta como las demás,-- ¿porqué se empeñaban todas en imaginarla invulnerable? ¿Qué blindaje llevaba en el co-

razón? ¿Con qué unto singular, milagroso, --
hacía incombustible la carne flaca aquella-
hembra? Mesía no creía en la virtud absolu-
ta de la mujer; en esto pensaba que consis-
tía la superioridad que todos le reconocían.
Un hombre, como él lo era sin duda, con ta-
les ideas tenía que ser irresistible" - ---
(p. 134). (70).

Para el vanidoso Mesía es una vergüenza con-
fesarse a sí mismo que lleva dos años tratando de -
seducir a La Regenta sin que ésta le haga caso. La-
paciencia del tenorio comienza a desesperar; ha se-
guido todas sus tácticas empleadas para las mujeres
difíciles y nada. Con lo que no cuenta el orgulloso
Don Alvaro es con el cambio de confesor de Anita, -
mismo que le dará las fuerzas para resistir una lar-
ga temporada todavía.

La táctica de conquista de Don Alvaro no es
muy clara para la Regenta; sus relaciones oscilan -
entre un acercamiento, un diálogo amoroso sobreen--

tendido, miradas de amor, y retrocesos.

Cuando por primera vez ha tenido la oportunidad de hablar con La Regenta a solas no pudo hacerlo, no se atrevió a acercarse:

" . . . no pudo hablar, no pudo detenerse. -- Tuvo miedo a su víctima. La superstición -- respecto de la virtud de Ana la sintió él -- en sí; aquella virtud, como el Cid, ahuyentaba al enemigo después de muerta acaso; él huir; ¡lo que nunca había hecho! Tenía miedo ¡La primera vez!" (p. 192). (71).

Ana se da cuenta de que Alvaro la ama; ha decidido que no va a ceder, pero que va a dejarse tentar, como único placer, como único modo de lograr la ruptura de la monotonía de la vida; con esto le basta, lo demás será sólo resistir la tentación.

"Aquella tentación fuerte, prometiéndole en--

cantos, placeres desconocidos, era un enemigo digno de ella. Prefería luchar así. La - lucha vulgar de la vida ordinaria, la bata- lla de todos los días con el hastío, el ri- dículo, la prosa, la fatigaban; era una gue- rra en un subterráneo entre fango. Pero lu- char con un hombre hermoso, que acecha, que se aparece como un conjuro a un pensamiento; que llama desde la sombra; que tiene como - una aureola, un perfume de amor: esto era - digno de ella. Lucharía . . ." (p. 193) - - (72).

Ana va cayendo imperceptiblemente en los hilos del seductor. Reconoce lo agradable que es su - perfume, lo hermosas que son sus finas manos, su impecable elegancia:

"Parecía una sobra protectora, un abrigo, - un apoyo; se estaba bien junto a aquel hom- bre como una fortaleza . . . No podía haber pecado ni cosa parecida en reconocer que to

do aquello era agradable, parecía bien y --
debía ser así" (p. 264). (73).

Mesía ha convencido a la Regenta, sin decirselo todavía que siente por ella verdadero amor; esto la hará sentirse más débil, ceder ante un libertino que busca satisfacer los deseos del cuerpo, jamás, pero inspirar amor verdadero eso ya es otra cosa.

"Mesía estaba demostrando mucho tacto, - --
gran prudencia, y, lo que era peor, un interés verdadero por ella. Eso sí, ya estaba -
convencida; don Alvaro no quería vencerla -
por capricho, ni por vanidad, sino por verdadero amor; de fijo aquel hombre hubiera -
preferido encontrarla soltera" (p. 278). --
(74).

La poca sinceridad de los sentimientos de -
Alvaro hacia Ana va creando en él una rabia sorda -
por el largo tiempo que le ha hecho esperar, así coo

mo por sus romanticismos que le parecen una pérdida de tiempo. El creía que "no había más amor que uno, el material, el de los sentidos". (p. 328). (75).

Como Don Juan ". . . es incapaz de amar, -- aunque sea temporalmente, a un tipo fijo de mujer.- Busca a la mujer como sexo . . . Don Juan vive obsesionado por las mujeres y corre de una en otra, sin detenerse nunca en ninguna de ellas; y no porque -- ninguna le satisfaga, sino al contrario, porque el instinto rudimentario de Don Juan se satisface con cualquiera de esas mujeres". (76).

"Es una mujer rara. . . histérica. . . hay- que estudiarla bien. . . No quería confesar que se tenía por derrotado. ¡Ah! Regenta, - si venzo al fin. . . ya me las pagarás". -- (p. 381). (77).

(76) Gregorio Marañón. Don Juan. Ensayos sobre el origen de su leyenda. Col. Austral No. 129. Undecima Ed. Madrid, 1967.

El amor de don Alvaro para Ana es una especie de desquite contra la sociedad; desea verlo humillado, de alguna manera han de compensarle tanta injusticia; acepta el sacrificio de este hombre que supone enamorado y sufriendo a más no poder; existe una especie de juego sádico por parte de ella.

". . . no sería jamás suya, eso no. . . pero tenerle a su lado, sentirle, quererle, - adorarla, eso sí. . . Ella le miraba con -- llamarada que apagaba al brotar de los ojos, le sonreía como diosa que admite el holo--- causto, pero no una diosa humilde, maternal, llena de caridad y de gracia, sino de amor- de fuego" (p. 400). (78).

Al descubrir la pasión, el amor que ha despertado en el Magistral, Ana, enredándose en sofismas, huye del clérigo inclinándose hacia don Alvaro "y le parecía que el pecado de querer a un Mesía -- era ya un poco menos que nada, sobre todo si servía para huir de los amores de un Magistral" (p. 595) - (79).

Sobreviene la declaración de amor por parte de Mesía; el terreno no podía estar más preparado. Su primera declaración de amor de la Regenta a ---- quien nadie en su vida le había hablado de ese sentimiento maravilloso a pesar de ser casada y acercarse a los treinta años. Escucha la declaración de don Alvaro que toca todas las fibras más tiernas -- del corazón y no puede moverse ni hablar de la emoción que siente.

"Y Ana, encendida la mejilla, cerca de la -- cual hablaba el presidente del Casino, no -- pensaba en tal instante, ni en que ella era casada, ni en que había sido mística, ni si -- quiera en que había maridos y magistrales -- en el mundo. Se sentía caer en un abismo de flores. Aquello era caer, sí, pero caer al -- cielo". (p. 597). (80).

La nobleza, la calidad humana de la Regenta se han impuesto en el espíritu de Mesía, aunque sea por unos instantes; ya que éste la respeta y le ha-

bla de verdadero amor, amor platónico; no es la conquista que avasalla, que destruye, ni los ataques brutales. La Regenta ha impuesto sus reglas del juego y a ellas se ha tenido que someter don Alvaro, a riesgo de perderla si no lo hacía.

"Mesía no se daba prisa. "Aquella casa no era como otras; había que conquistarla como a una virgen; en rigor él era su primer amor y los ataques brutales la hubieran asustado, le hubieran robado mil ilusiones. Además, a él también le rejuvenecía aquella situación de amor platónico de intimidad dulcísima. . ." (p. 605). (81).

En la tarde del último día en el Vivero de los Vegallana, es cuando don Alvaro consigue los suyos premos favores de Ana. Su relación de aquí en adelante será de entrega absoluta, incondicional, plena de amor por parte de la Regenta.

Sin duda don Alvaro, con su fría táctica -- de conquistador, ha percibido la impotencia de Don Víctor y las necesidades de Ana, de lo cual va a -- abusar.

Por su parte, Mesía, sostiene una relación-narcisista con Ana, pues se confiesa enamorado de ella, pero es sólo por la imagen adorable que le devuelve de él mismo. Necesita de Ana como un magnífico paliativo a su incipiente decadencia. Es ya al final de su juventud cuando conquista a la más alta dama, la más virtuosa, la más bella de toda la comarca.

"Y lo que él temía no era la enfermedad por la enfermedad, la vejez por la vejez; no, - era un buen soldado del amor, héroe del placer, sabría morir en el campo de batalla. - Su inquietud era por otro motivo. Morir, -- bueno, pero decaer, y decaer en presencia - de Ana era horroroso; era ridículo y era infame. Sí; él faltaba a su juramento enveje-

ciendo. Perdiendo fuerzas". (p. 615). (82).

El cobarde tenorio huye sin dar explicaciones al ser amado, después de dar muerte a don Víctor en un duelo. La postración en que deja a Ana es miserable, como ha sido la vida toda de esta mujer.

Aquí presenta Clarín otra faceta de la novela: muchas son las causas de la infelicidad de sus personajes, pero casi todas ellas se deben a malformaciones personales o sociales. Ana Ozores aparece como la víctima principal de todas ellas: en su infancia, de la falta de cariño que le crea desde entonces una sensibilidad exagerada; en su adolescencia de las presiones sociales y económicas, que exigen un matrimonio de "conveniencia"; en la edad adulta tres hombres parecen cofabularse contra ella: Un marido impotente y egocéntrico; un confesor ambicioso, atrapado en sus propias redes, y finalmente una especie de maniquí hueco, sin sentimientos - que no hace sino rematar un caso que parece preparado de antemano para ello, por los dos anteriores.

Pero la caída de Ana no sirve ni siquiera - para alegrar la vida de estos hombres: los tres son arrastrados con ella a la infelicidad o a la muerte.

C O N C L U S I O N E S

Leopoldo Alas, en la Regenta, describe el espíritu provinciano en los diferentes estratos sociales en un momento dado de la historia española.- Oviedo es una ciudad bastante separada del resto -- del país, por eso acaba de atravesar sin sacudidas demasiado violentas los agitados años que ha vivido España después de la caída de Isabel II en 1868. Ni la efímera república, ni el levantamiento carlista han dejado trazos profundos en ella. Ahora vive en la larga quietud que se ha iniciado en 1874 con la vuelta de los Borbones al trono. Oviedo no ignora las pasiones políticas. La influencia de un clero omnipresente la hacen una verdadera ciudad levítica.

El método psicológico de crítica literaria-

aplicado al estudio de la Regenta, descubre nuevos - puntos de vista para la comprensión de la obra, pues to que permite penetrar más profundamente en la patología de las reacciones de los personajes y descubre, al mismo tiempo, la maestría del autor para trazar - auténticas personalidades.

A través del análisis psicológico aplicado - a la literatura, puede comprenderse mejor la persona lidad humana de Ana Ozores, sus reacciones individua les y sus reacciones en contacto con los seres que - la rodean, y de esta forma, explicar todas sus acti - tudes.

El autor percibe y refleja en su obra dife - rentes sentimientos, diferentes neurosis; pero no - se queda allí; los transforma en símbolos y en imá - genes poéticas. Es decir, convierte elementos huma - nos en literatura pura.

A través de los personajes, Clarín ha sabi - do caracterizar perfectamente, a lo largo de su li - bro, las esferas que constituyen la ciudad: esferas -

debidamente jerarquizadas con su peculiar modo de --
comportarse e incluso su habitat social.

Aunque es sabido que en la Regenta existen-
muchos elementos autobiográficos de su autor, hay --
que recordar las palabras de Curtius: "La verdadera-
crítica tiende a descubrir los elementos formales --
del alma de un autor, no sus opiniones ni sus senti-
mientos" (Anderson Imbert p. 82). (83).

Cuando Freud afirmó que antes que los Psico-
lógos los literatos habían descubierto y descrito el
alma humana podía haberse referido a la Regenta, tal
es la precisión y la verdadera realidad con que sus-
personajes están creados; al poder analizarlos como-
figuras vivas, queda plenamente comprobada su reali-
dad.

B I B L I O G R A F I A

- Alas, Leopoldo. "Clarín". La Regenta. Alianza Editorial. Madrid, 1969.
- Alas, Leopoldo. La Regenta. Introducción de J. M. Lope Blanch y Humberto Batis. Colec. "Nuestros Clásicos". U.N.A.M. México, 1960.
- Alas, Leopoldo. La Regenta. Introducción de Jorge Ibarquengoitia. Ed. Porrúa. México, 1972.
- Alas, Leopoldo. Superchería. Cuervo. Doña Berta. -- "Clarín y don Leopoldo Alas". Por Ramón Pérez de Ayala. Ed. Taurus. Madrid, 1970.
- Alas, Leopoldo. Obra Olvidada. Selección e introducción de Martínez Cachero. Ed. Salvat. Navarra. 1971.
- Anderson Imbert, Enrique. Métodos de Crítica Literaria. Revista de Occidente. Madrid, 1969.

- Beser, Sergio. Leopoldo Alas, Crítico Literario. Ed. Gredos. Madrid, 1968.
- Balseiro, Jose A. Novelistas Españoles Modernos. McMillan, New York, 1933.
- Brent, Albert. Leopoldo Alas and La Regenta. Curators of the University of Missouri. Columbia, -- 1951.
- Cabezas, Juan Antonio. "Clarín", El Provinciano Universal. Col. Austral, Madrid, 1962.
- Clavería, Carlos. Cinco Estudios de Literatura Española Moderna. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Colegio Trilingue de la Universidad de Salamanca. 1945.
- Freud, Sigmund. La Interpretación de los Sueños (I). Alianza Editorial, Madrid. 1977.
- García Sarriá, Francisco. Clarín y la Herejía Amorosa. Ed. Gredos. Madrid, 1975.
- Horney, Karen. Neurosis y Madurez. Editorial Psique. Buenos Aures, 1973.
- Jiménez Landí Antonio. La Institución Libre de Enseñanza. Ed. Taurus. Madrid, 1973.

- Marañón, Gregorio. Don Juan. Col. Austral. No. 129. Madrid 1967.
- Martínez Ruiz, José. "Azorín". La vida de Clarín en Andando y Pensando. Notas de un transeúnte. Col. Austral. No. 1257. Buenos Aires. 1959.
- Pattison, Walter T. El Naturalismo Español. Editorial Gredos, S.A. Madrid. 1969.
- Río, Angel del. Antología General de la Literatura Española Tomo II. Holt, Rinehart and Winston, Inc. New York. 1960.
- Valbuena Pratt, Angel. Historia de la Literatura Española. G. Gili. 8a. ed. Barcelona. 1968.
- Ventura Agudíez, Juan. Inspiración y estética en la Regenta de Clarín. Ed, Hijos de Rogelio Labrador Pedregal. Oviedo. 1970.
- Torri, Julio. La Literatura Española. Fondo de Cultura --- Económica. México. 1960.
- Wellek, René y
Warren, Austin. Teoría Literaria. Ed. Gredos. Madrid. 1969.

Alas Leopoldo. Solos de Clarín. Alianza Editorial. Madrid 1971

Alas, Leopoldo. Doña Berta y otros relatos. Introducción de-
Martínez Cachero. Ed. Salvat. Navarra. 1971 .

Freud, Sigmund. Psicoanálisis del Arte. Alianza Editorial Madrid
1973 .